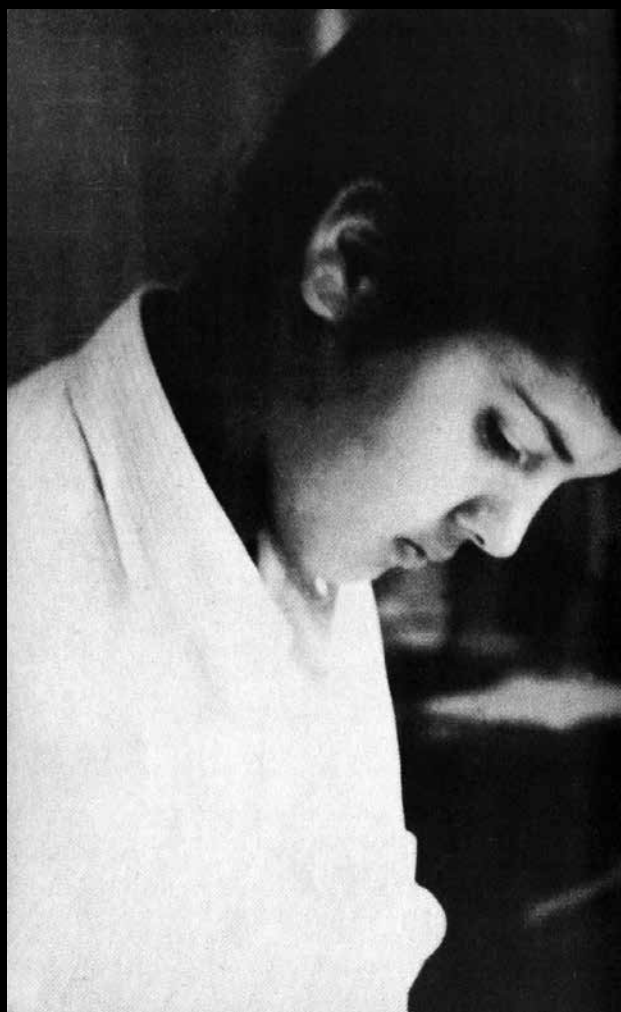


# Gustavo Sainz: cincuenta años de *Gazapo* De la onda al “hombre invisible”

Humberto Guzmán



Imágenes de la primera edición de *Gazapo*, de Gustavo Sainz,  
publicado por la editorial Joaquín Mortiz en 1965

EN 1965 SE PUBLICÓ *GAZAPO*, de Gustavo Sainz. Era el momento para publicar un libro así. Con esta novela de jóvenes, junto con *La tumba* y luego *De perfil*, de José Agustín, sin olvidar *El rey criollo* de Parménides García Saldaña, Sainz se inscribe en la corriente que se conocería en México como de “la onda”. Sus características eran sencillas y directas: protagonistas jóvenes que despiertan al mundo, al sexo, que saben que pueden actuar por sí mismos. En José Agustín y García Saldaña aparece el rock, la música juvenil por antonomasia. El desmadre adolescente, de clase media, de la Narvarte o la Del Valle, como signo de individualidad. En los tres autores el lenguaje juvenil citadino es imprescindible.

Allí empezó la carrera exitosa como escritor de Gustavo Sainz (1940-2015). Eran los años sesenta. Pero la juventud, como es sabido, no es eterna. Sainz se arriesgó con otras novelas, trató de renovarse, de escribir no sólo para adolescentes. Incursionó en estructuras y lenguajes más audaces. Fue el caso de *La princesa del Palacio de Hierro* y *Obsesivos días circulares*. Era ingenioso. La primera tuvo una buena acogida; a él le entusiasmaba la segunda. Además, hizo una carrera académica, de editor, de creador de revistas; alguna vez comentó que le había pedido a don Joaquín Diez Canedo que lo pusiera como director editorial. No le faltaban ideas y parece que no hacía mal las cosas.

Una vez declaró que Salvador Elizondo no sabía escribir. No supe cómo interpretarlo. No sé qué vio, pero me pareció exagerado el comentario. Era evidente que entre los dos autores no había muchas semejanzas. Quizás, como habían aparecido en el mismo año de 1965 *Farabeuf o la crónica de un instante* y *Gazapo* (ambas novelas cumplen cincuenta años), se libraba una pequeña lucha por el lugar de honor entre ellos, o de Sainz contra Elizondo, porque nunca me enteré que el segundo hablara en contra de *Gazapo* o *De perfil*. Pero, tal vez, en esos años sí había alguna rivalidad entre estas dos maneras de escribir ficción, de escribir novelas, en México. De ahí que a Margo Glantz se le ocurriera hacer esa antología con el planteamiento de “onda y escritura”. Alguna vez escuché a Esther Seligson referirse a las novelas de “la onda” de manera desfavorable. En un ciclo organizado por Alejandro Aura en la Casa del Lago y que llamó “Nueva literatura” o “Literatura joven”, Elizondo rechazó la invitación, dijo que él no era de la “literatura joven”.

En este contexto, Sainz tenía su lugar y creo que al irse de México, donde era “estrella”, dejó su trono, y ya se sabe, el que se va a la Villa, pierde la silla. Cosa que no le pasaba a Carlos Fuentes, por ejemplo. Éste iba y venía y siempre tuvo cotos de poder firmes. A propósito, Fuentes publicó *La nueva novela hispanoamericana* en 1969, en donde se refiere a estos autores sesenteros: “...a la improvisación picaresca —*De perfil* de José Agustín—, a la ironía sentimental —*Gazapo* de Gustavo Sainz—”. Eran los jóvenes brillantes de entonces. Fuentes no citaba a nadie si no estaba seguro del sitio que ocupaban.

Recuerdo que Sainz tenía programas de televisión, puestos burocráticos, dirigió revistas comerciales, fue director de literatura en el INBA, organizaba antologías, tuvo alumnos, lo seguía gente más joven que él. Gozó de becas, premios, una posición académica en la UNAM. Fundó la publicación de Bellas Artes en la que se dio el dislate que, según dijeron, lo orilló a “asilarse” en Estados Unidos, lo que yo no comparto tanto. Se fue porque, probablemente, vio un horizonte más amplio y más cómodo.

Me da la impresión de que al irse a la nube del *american dream* de algún modo perdió contacto con el país. Siguió publicando aquí, pero ya no fue lo mismo. A pesar de que había gente que le fue fiel a la distancia. Un amigo mío recuerda que una vez se lo encontró en la FIL de Guadalajara y le confió que “andaba de hombre invisible”. No lo seguían las cámaras ni los micrófonos.

Hace algunos años, en uno de sus viajes a México, nos encontramos. Él tenía el plan de crear una serie de nuevas novelas con una editorial que yo no conocía. Le pregunté “¿cómo estás?” Me contestó: “esperando publicarte”. No se hizo nada. Pero me dio “mi importancia” verbalmente, como un político lo hace. Más que generoso era un entusiasta organizador, un político literario, en el sentido de organizador, promotor de grupos. En Estados Unidos ¿lo habrá seguido siendo?; ¿o, en su caso, se sintió frustrado, olvidado ingratamente por sus paisanos? Tal vez en Estados Unidos los escritores no son “estrellas”, con excepción de Hemingway, como Fuentes o Paz lo eran (y lo son aún) en México. Meterse en el océano estadounidense, desde este punto de vista, es perderse.

Por la Internet me enteré que quiso donar o vender su biblioteca y archivos personales al estado de Coahuila, no sé si a la Universidad de Saltillo. Tampoco se hizo.

Hasta que: “La noticia de su muerte pudo saberse gracias al obituario publicado por el portal *Herald Times Online*, en Bloomington, Indiana, donde residía el autor mexicano y en donde laboraba como académico en la Indiana University”. El 2 de julio, me llegó la noticia de que el viernes 26 de junio había muerto Gustavo Sainz en Indiana; ya se había jubilado en la universidad de allí. Parecía la noticia de un escritor *underground*, y no lo era. En México, tiene aún un lugar destacado dentro de la literatura nacional.

“La familia ha mantenido hermetismo total sobre el deceso del escritor y hasta el momento no se han dado detalles sobre las causas.” Esto fue lo que se me hizo más raro. ¿Por qué su familia no dio a conocer la noticia? Se sabía que padecía Alzheimer. Se ha comentado que Sainz planeaba regresar a México. Su deseo era, según parece, retornar a su país, a su ambiente. Pero lo asaltó la penosa enfermedad. Dicen que empezó a no reconocer a nadie. Las fotografías de sus últimos días que han aparecido con motivo de su muerte lo muestran descuidado, no absorto, sino desorientado. Pues sí, enfermo. Triste ese final para el autor de *Gazapo* —entre muchos otros libros—, esa alegre novela juvenil de resonancia en los años sesenta, cuyos cincuenta años se celebraron o se recordaron con su muerte. ■■